

JUAN CARLOS
DE PABLO

NOBELNOMICS



SUDAMERICANA



VIDA Y OBRA DE
LOS GANADORES
DEL NOBEL
DE ECONOMÍA

Juan Carlos de Pablo

Nobelnomics

Vida y obra de los ganadores del Nobel de Economía

Sudamericana

SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg_

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



*A Bernardo Alberto Houssay, Luis Federico Leloir,
César Milstein, Adolfo Pérez Esquivel y Carlos Saavedra Lamas,
ganadores del Premio Nobel*

*A Jorge Luis Borges,
merecedor del Premio Nobel*

Prólogo

Comencé a pensar en la elaboración de esta obra en la primera quincena de octubre de 2015, cuando en el plano electoral la cuestión era si Daniel Scioli ganaría en primera vuelta la elección presidencial o si sería necesario volver a desempolvar las urnas por no haber conseguido más del 45% de los votos, o más del 40% y una diferencia superior a diez puntos porcentuales sobre su principal contrincante, Mauricio Macri. Por supuesto, su finalización no dependió del hecho de que, en el momento de empezar a trabajar en ella, viviéramos con una importante incógnita electoral, aunque sí consideré que era muy probable que la realidad política y económica pudiera afectar su ritmo de preparación.

No sucedió así. Como de costumbre, en la Argentina seguimos viviendo en un contexto político y económico muy intenso, y gracias a Dios el año 2016 fue de profusa actividad profesional. No obstante, en aproximadamente un año pude terminar el libro que tiene usted en sus manos.

Mi motivación fue clara: aprender. Claro que, tanto con respecto a la vida como a la obra de quienes recibieron el Premio Nobel en Economía, no empecé de cero¹. Pero, según mi experiencia, es notable cómo forzarse a sistematizar determinados conocimientos mejora la comprensión que uno tenía de ellos, corrige hechos y presunciones equivocadas, y sirve para incorporar material nuevo. ¡Y cómo aprendí! Gracias a la preparación de este texto, tengo un panorama razonablemente claro de muchos de los avances realizados en el análisis económico durante el siglo XX.

No pretendo comprender técnicamente los aportes efectuados por cada uno de los galardonados², sino más bien identificar sus ideas principales o “mensajes básicos”, describiéndolos de manera no técnica. De todos modos, cada vez que fue necesario pedí ayuda y otorgué el correspondiente crédito. Por lo demás, correré el riesgo de ser acusado de incompetente, o sesgado, por parte de las “viudas”³.

¿A quién le sirve este libro? A los economistas en general, pero en particular a los profesores que necesitan material bibliográfico más allá de los cursos de introducción a la economía. Y no me refiero solo a los cursos de historia del pensamiento económico, porque esta obra se ocupa también de lo que está pasando actualmente en diferentes campos de estudio dentro del análisis económico; o, si se prefiere, en distintos puntos de la frontera de las investigaciones. También aspiro a que la lean con provecho aquellas personas que, aun careciendo de entrenamiento formal en Economía, están interesadas en el desarrollo de ideas que florecieron durante el siglo XX. Al respecto les doy un consejo: si alguna parte del texto les parece demasiado densa, no abandonen la lectura del libro, sino la de dicho fragmento. Lo más probable es que, para quien no sea un especialista, resulte suficiente con entender la idea general. Yo no podría “probar” la ley de gravedad, pero comprendo la idea general y la aplico de manera cotidiana.

Jorge Galmes leyó con paciencia una versión preliminar, lo que me permitió utilizarlo como eficaz *sparring*. Además, bastó con que a Víctor Jorge Elías le enviara la versión preliminar del capítulo diez para que me hiciera llegar múltiples sugerencias, las que incorporé en diferentes partes del texto. A ambos, muchísimas gracias, como también a Micaela González, meticulosa editora. En el plano institucional, quisiera agradecer al personal de las bibliotecas del Banco Central de la República Argentina, el Ministerio de Economía y la Universidad de San Andrés.

Ningún argentino ganó el Nobel en Economía hasta ahora, pero cinco compatriotas lo obtuvieron en distintas especialidades. En or-

den alfabético, ellos son: Bernardo Alberto Houssay (Medicina), Luis Federico Leloir (Química), César Milstein (Medicina), Adolfo Pérez Esquivel (Paz) y Carlos Saavedra Lamas (Paz). A ellos va dedicada esta obra, pero también a Jorge Luis Borges, porque lo merecía.

JUAN CARLOS DE PABLO

Buenos Aires, agosto de 2017

1 A los cientos de biografías recogidas en los siete volúmenes del *Incompletísimo diccionario de economía* (publicados por *El Cronista Comercial* en 1992, 1994 y 1996; por Ediciones Macchi en 1998, 2000, 2002 y 2004; y reimpresos por La Ley en 2006), corresponde agregar De Pablo (1993), basado en las conferencias Nobel, Ely y autobiografías publicadas en la *Banca Nazionale del Lavoro Quarterly Review* hasta 1988. En www.juancarlosdepablo.com.ar pueden consultarse todas las biografías que publiqué a partir de 2005, mayormente en *Contexto*, mi newsletter semanal.

2 Desde este punto de vista, la conferencia Nobel pronunciada por Reinhard Selten (1994) es la menos útil de todas, ya que su comprensión requiere conocer profundamente la teoría de los juegos. Las pronunciadas por Eric Stark Maskin (2008) y Roger Bruce Myerson (2008) también resultan poco entendibles para quienes no son expertos.

3 Esta última calificación fue acuñada por Skidelsky (2003) a propósito de las fuertes críticas que recibió de quienes se consideraban a sí mismos los genuinos depositarios de la "verdad", referida a la vida y obra de John Maynard Keynes, cuando publicó la monumental biografía de este en tres tomos.

1

Problemas, ideas, propuestas, soluciones

Dios les dijo a Adán y a Eva que en el paraíso podían hacer lo que quisieran, excepto comer el fruto del árbol del bien y del mal. A pesar de ello, Eva le comentó a Adán que quería ingerir el referido fruto y Adán le siguió el juego (lo que consiguió este de aquella, por haber satisfecho el pedido, es algo que queda librado a la imaginación de cada lector). Resultado: Dios los expulsó del paraíso y los condenó a “ganarse el pan con el sudor de sus frentes”. Propongo ahora un ejercicio de historia contrafáctica⁴: ¿se imagina lo bien que estaríamos si Adán le hubiera dicho a Eva que se dejara de embromar y que, en vez de comer la manzana, se alimentara con ostras obtenidas sin esfuerzo, para luego ir a pasear en un barco, construido también sin esfuerzo? Mejor que no me lo encuentre a Adán, porque no la va a pasar muy bien que digamos.

En términos técnicos, la desobediencia de Adán y Eva creó el “principio de escasez”, según el cual no hay de todo, para todos, gratis. Puede haber de todo para algunos, puede haber algunos bienes para todos; pero de todo, para todos y gratis, no hay, dados los recursos (tierra, trabajo y capital) y las tecnologías existentes. En este sentido, el principio de la escasez posee un carácter metainstitucional y metaescuela económica: pensar que la escasez se debe a la escuela de Chicago, o al Fondo Monetario Internacional, es no pensar (esto no implica que todos los problemas necesariamente se originen en la escasez de recursos, que se pueden asignar a más de

un destino). De la misma manera, pensar que en la Antigüedad no existían economistas ni problemas económicos otra vez es no pensar. Tanto en la Antigua Grecia como en la Edad Media los recursos eran escasos⁵, y alguien debía asignarlos entre usos alternativos.

Pero la historia no termina como lo indica la Biblia. Resulta que Dios, luego de expulsar a Adán y a Eva del paraíso, pensó que había reaccionado de forma un tanto desmesurada, y no podía dar marcha atrás para no comprometer su credibilidad. Entonces, como paliativo, creó a los economistas.

Esta lectura de la historia sirve para entender que la relación entre los problemas económicos y los economistas no es del tipo "huevo o gallina". Primero fueron los problemas económicos y luego los economistas, de la misma manera en que primero fueron los problemas médicos y luego aparecieron los galenos⁶.

Adam Smith y Nicolás Maquiavelo tenían clara la diferencia entre el plano del ser y el del deber ser. El primero se inmortalizó trabajando sobre la base del siguiente principio: si adoptando decisiones económicas el ser humano funciona de determinada manera, entonces el mejor sistema económico posible es tal. El segundo hizo exactamente lo mismo: a partir del comportamiento político concreto del ser humano, le sugirió al príncipe la manera óptima de llevar adelante un gobierno. Es muy probable que tanto Smith como Maquiavelo tuvieran pésimas opiniones éticas sobre el *Homo economicus* y el *Homo politicus*, respectivamente, pero se inmortalizaron por haber descubierto las implicancias sistémicas prácticas derivadas del comportamiento humano concreto.

Tanto el análisis político (versión Maquiavelo) como el análisis económico (versión Smith) aparecieron tarde en la historia del conocimiento. Mucho después, por ejemplo, que las matemáticas, la astronomía y la medicina. ¿Por qué? No soy un experto en la cuestión, pero puntualizo que el orden en que fueron apareciendo no responde exclusivamente a cuestiones de urgencias concretas. La astrono-

mía, por caso, tuvo mucho más de componente especulativo (en el sentido filosófico del término, contrario al que se le da en los análisis bursátiles) que práctico; y posiblemente algo parecido haya ocurrido con buena parte de las matemáticas.

Aun en el sentido moderno, el análisis económico no “nació” con la publicación de *La riqueza de las naciones*, de Adam Smith, en 1776. De hecho, Smith y su obra recién aparecen en la página 181 de Schumpeter (1954), transcurrido un 15% del texto; en la página 77 de Zaldueño (1998), avanzada la obra en un 25%; y en la 195 del libro de Fernández López (1998), es decir, casi llegando a la mitad de su historia del pensamiento económico.

En mi discurso de incorporación a la Academia Nacional de Ciencias Económicas (De Pablo, 2011), titulado “Recuperemos la cosmovisión de los padres fundadores”, sintéticamente dije: “En manos de Smith, Ricardo, Malthus y Marx, *el análisis económico nació sistémico y comprometido con la acción concreta*. Nadie imagina a los nombrados preocupados por el PBI del trimestre anterior o por el índice de precios al consumidor del mes pasado. Estaban motivados por el siguiente interrogante: ¿adónde iremos a parar si no hacemos nada?; ¿qué habría que hacer para evitar la catástrofe que generarán determinados hechos, en ausencia de medidas? Ricardo, a partir de los rendimientos marginales decrecientes del sector primario, y Malthus, sobre la base de la explosión demográfica, pronosticaban que, en ausencia de correcciones, el crecimiento contemporáneo desembocaría en el temido estado estacionario. En tanto que Marx pronosticaba el inevitable colapso del sistema capitalista ante su incapacidad por resolver sus *contradicciones internas*”.

Afortunadamente para la humanidad, ninguno de los temores sistémicos se verificó en la práctica. A raíz del cambio tecnológico agropecuario, en el caso de David Ricardo, y de la mejora en los ingresos y los anticonceptivos, en el de Thomas Malthus, seguimos viviendo muy lejos del estado estacionario⁷. En cuanto a Karl Marx, es

cierto que el Muro de Berlín cayó en noviembre de 1989, pero para el lado contrario al esperado por la perspectiva marxista.

Con respecto al compromiso con la acción concreta, los padres fundadores del análisis económico no eran conservadores ni revolucionarios, sino reformistas.

Esta transformación de la economía política en análisis o teoría económica (sistémica) no ocurrió en el vacío. Al respecto debemos prestarles atención a tres cuestiones: la profesionalización de los economistas, la “americanización” del análisis económico y el creciente grado de especialización.

Profesionalización

En países como Estados Unidos e Inglaterra a partir de la Segunda Guerra Mundial, y en la Argentina desde comienzos de la década de 1960, los economistas empezaron a ser contratados de manera masiva y a tiempo completo para responder preguntas específicas por parte de los gobiernos. En Francia, se dio la curiosa coexistencia —al parecer, sin demasiada conexión— entre la reflexión académica “grandiosa”, por un lado, y la resolución de importantes problemas empíricos por parte de ingenieros o de personas que habían estudiado en las grandes escuelas (como la de puentes y canales, la de minas, etcétera), por el otro.

En la Argentina, “Raúl Prebisch llevó a graduados en Ciencias Económicas a puestos de responsabilidad en la política económica; formaban un equipo competente, recordado por la vocación por la función pública de sus integrantes, su laboriosidad y su integridad⁸. Después de la revolución de 1943, esos niveles académicos y tecnológicos desaparecieron. En la década de 1950 no hubo, pues, grupos organizados de trabajo, con dedicación exclusiva y empleo de técnicas y equipamiento moderno. El cuadro de decadencia de los primeros años de la década de 1950 se dio vuelta una década más

tarde, gracias al desarrollo de la gente formada por Julio Hipólito Guillermo Olivera [en la Universidad de Buenos Aires, UBA] y el gradual retorno de los becarios en el exterior. Ayudó a la inserción laboral de esta gente joven la creación de organismos oficiales, como el Consejo Federal de Inversiones y el Consejo Nacional de Desarrollo (Conade), y de cinco importantes centros de investigaciones económicas⁹. Este fenómeno, concentrado entre 1957 y 1961, selló la institucionalización de la investigación económica en grupos organizados. El Conade fue, quizás, la primera agrupación destacada de economistas formales” (Dagnino Pastore y Fernández López, 1988)¹⁰.

Americanización

“La pobreza intelectual (y financiera) de la mayoría de los *colleges* americanos [a fines del siglo XIX] forzó a muchos estudiantes capaces a cursar sus estudios universitarios en el exterior; en Alemania más que en Inglaterra, no solo porque la vida académica alemana era floreciente, sino también porque en Gran Bretaña el ambiente académico estaba bajo una fuerte influencia religiosa. Impulsada por Richard Theodore Ely, la Asociación Americana de Economía fue fundada el 9 de septiembre de 1885, inspirada en Alemania” (Coats, 1960). “El modelo alemán de *formación científica* dejaba de lado el griego y el latín, así como la concurrencia obligatoria diaria a la capilla, y ponía énfasis en la investigación y la enseñanza en Ciencias Naturales, así como en las nuevas Ciencias Sociales” (Parker, 2005).

Todo esto cambió por la acción combinada de la creciente importancia de Estados Unidos en el concierto mundial y por las condiciones políticas que durante las primeras décadas del siglo XX existieron en algunos países europeos. Acertadamente, Paul Samuelson no se cansó de repetir que “la ciencia económica [y no solo la económica] americana les debe mucho a Hitler y a Stalin”¹¹. La Comisión Cowles (Chicago primero, Yale después) y la New School of So-

cial Research (Nueva York) fueron grandes receptoras de talento europeo, aunque no las únicas¹².

¿Qué quiere decir que el análisis económico se “americanizó”? Pido perdón por la siguiente manifestación de “sociología *amateur*”, pero me parece que la película *Fargo* es más representativa del habitante de Estados Unidos que cualquiera de las filmadas por Woody Allen: el americano es idealista, mecanicista e ingenuo¹³; y, al haberse americanizado, el análisis económico en buena medida incorporó estas pautas culturales. En la época en que estudié, cuestiones como la del contrabando, la corrupción, la endogenización de la política económica por parte de grupos de poder que integran el sector privado, entre otras, no componían la formación del economista, o al menos no la corriente principal del análisis económico. Los modelos macroeconómicos transformaron el análisis keynesiano en mecanicista, como lo es la forma en que el National Bureau of Economic Research determina cuándo comienzan y finalizan las diferentes fases del ciclo económico.

Desde el punto de vista internacional, la *americanización* no es un concepto geográfico, al igual que, luego de la Segunda Guerra Mundial, en el plano político y de las relaciones internacionales, Japón ya no parece formar parte de Oriente, sino de Occidente. En el mundo entero el análisis económico parece haberse americanizado. Por ejemplo, en Europa. “En el mismo momento en que la economía como profesión se está alejando del enfoque neoclásico, basado en la trilogía racionalidad-egoísmo-equilibrio, el análisis económico en Europa copia cada vez más al norteamericano. Existen fuerzas que inducen a Europa a adoptar los métodos norteamericanos para evaluar las investigaciones. Las universidades Bocconi, Bonn, Estocolmo, Tilburgo, Pompeu Fabra y Toulouse, como la Escuela de Economía de Londres, enseñan en inglés, utilizan los mismos libros de texto, dictan los mismos cursos y adoptan los mismos enfoques. Tradicionalmente Europa fue una incubadora de ideas y mantuvo una diversidad en los enfoques. Esto se está perdiendo” (Rosser, Holt y Colander, 2010). En la Argentina esto también ocurre, tanto

por los planes de estudio como por el hecho de que se cuenta con los dedos de una mano el número de argentinos que completaron sus estudios en el exterior en universidades “no americanizadas”.

Especialización

Al comienzo de *La riqueza de las naciones*, Adam Smith utilizó el ejemplo de la fabricación de alfileres para explicar de manera insuperable los beneficios (y los riesgos) de la división del trabajo. Siempre me pareció una maravilla el hecho de que, sin modificar nada, la referida explicación también pudiera aplicarse al caso de los aviones y de las computadoras, bienes inimaginables en la época de Smith, así como a la forma de hacer análisis económico.

Escuché más de una vez que “Samuelson había leído todo”. ¿Qué fue *todo*, en términos de las obras de economía, a lo largo del tiempo? Como mencioné en mi trabajo “¿De qué tamaño eran las bibliotecas?” (2007), Adam Smith nació en 1723. Cuando tenía veinte años todavía no se había publicado *ninguno* de los libros escritos por los grandes economistas. David Ricardo vino al mundo en 1772; para sus veinte, existían *tres* clásicos: las obras de David Hume, Adam Smith y François Quesnay. Alfred Marshall cumplió veinte en 1862, una época en la que ya había *once* obras escritas por economistas *muy importantes*. Y para 1903, cuando John Maynard Keynes alcanzó dicha edad, el número de esas obras era de *veinte*. Hasta la Segunda Guerra Mundial, el número de revistas especializadas no superaba la treintena.

Sin embargo, hoy estamos en otro mundo. “En 2000 se publicaban alrededor de seiscientas revistas especializadas, aproximadamente la mitad en Estados Unidos” (Ashenfelter, 2001). El nivel de superespecialización actual es fácilmente comprobable si atendemos el caso del *Journal of Economic Literature* (JEL). El JEL, que publica reseñas, fue pensado para que quienes no fuéramos especialistas en los diferentes campos de estudio pudiésemos actualizar nuestros conocimientos; pero dado el grado de superespecializa-